

---

# “El es nuestra Paz”

(EFESIOS 2, 14)

## MEDITACION EUCARISTICA SOBRE UNA PATRIA URGIDA DE RECONCILIACION

---

Rodolfo Eduardo De Roux Guerrero, S.J.\*

---

“El es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad (. . .), para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en Sí mismo muerte a la Enemistad”. (Efesios 2,14-16).

### I. CONFLICTO TOTAL O RECONCILIACION

Desde el punto de vista creyente, la sociedad colombiana vive hoy un momento de gracia. Los mismos hechos históricos replantean la urgencia de afrontar y asumir alternativas de comportamiento social distintas de cuanto ha venido constituyendo un camino comunmente aceptado de realización personal y de grupo, al interior de la sociedad colombiana.

En efecto, las fuerzas de desintegración, con su inevitable coeficiente de antagonismo y de conflicto, se han desenmascarado entre nosotros. Han logrado una intensidad de decisión tal, y se creen poseedores de instrumentos de realización de sus deseos, tan poderosos y eficaces para la destrucción de nuestra herencia social; que la conciencia común percibe ya con claridad la inminencia de una disgregación social en toda su dramaticidad. A nuestra sociedad colombiana se le

---

\* Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad Javeriana; Doctor en Teología, Universidad Gregoriana; Profesor en la Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

plantean, pues, quiéralo o no, la urgencia de nuevas opciones y la implementación eficaz de las que se adopten.

Simplificando, sin duda, pero también por una legítima aproximación a lo radical y totalizante, esas alternativas pueden enunciarse así: Continuará la sociedad colombiana su proceso actual de disgregación, de multiplicación indefinida de los conflictos? Se polarizarán cada vez más estas divisiones y estos conflictos en dos frentes irreductiblemente contrarios, hasta que la única salida posible sea ya la aniquilación social de uno de los polos antagonistas, al menos en cuanto pareciere necesario para lograr la supremacía irreversible del otro, en el conjunto de la vida social? Es decir, la sociedad, colombiana intentará recobrar su unidad y su dinamismo por vías de poder, como sumisión impuesta a todos por un grupo, económico, político o militar? O la sociedad colombiana asumirá consciente, operativa y eficazmente el lento, y a las veces doloroso proceso de una unidad reconstruida por reconciliación?

La realidad de esta crisis, que vemos agudizarse entre nosotros, así como también la reacción positiva que emerge aquí y allá en las fibras más sanas y clarividentes de nuestro cuerpo social; plantean a su vez al creyente, al cristiano concretamente, una urgencia de replanteamientos que, en último término, toman cuerpo en una interpelación a su fé, y a todas las realidades cotidianas que la expresan y sustentan. Tanto más cuanto nuestra realidad cristiana, como opción personal y como institución eclesial

tiene todavía en Colombia un indudable peso social. Y aun sin alardes ni jactancias estadísticas, su influjo bien puede resultar decisivo en el conjunto de fuerzas sociales en juego entre nosotros, para la reconstrucción de la convivencia, o para su aniquilamiento total.

En ese ámbito histórico, y desde una opción decidida por la unidad real y sanamente integrada de todos los colombianos; vale decir, desde una opción por la reconciliación; nos preguntamos aquí como creyentes y como celebrantes (todavía multitudinarios) de la Eucaristía, de la Misa, según la conocida expresión popular:

—Qué exigencias plantea este sacramento, “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (C. Vaticano II: Const. Lumen Gentium n.11), a una Iglesia Colombiana inmersa en esta encrucijada histórica de conflicto total o reconciliación?

—Y a su vez, qué exigencias concretas plantea a la Eucaristía que celebramos hoy los colombianos la especificidad coyuntural de nuestros conflictos sociales, de nuestra no-reconciliación integral?

—Una reflexión positiva sobre estos dos cuestionamientos, cómo sobredetermina el espíritu y aun la manera concreta de nuestra celebración eucarística? Sin reduccionismos. Sí en cambio de cara a esta urgencia dramática de nuestro momento histórico, y con una decisión eficaz de colaborar en nuestra reconciliación nacional.

Quisiéramos integrar en el presente discurso este triple cuestiona-

miento. Sin pretensiones ni científicas ni proféticas. Con el simple sentido común de un colombiano creyente, con la modestia de quien obra sólo en la conciencia de su indeclinable responsabilidad social y cristiana.

## II. LA EUCARISTIA, EXIGENCIA Y POSIBILIDAD REAL DE RECONCILIACION

Cabe preguntarse si los millares de colombianos que celebramos tan plácidamente la eucaristía dominical, y aun aquellos que cada Jueves Santo recordamos expresamente "la noche en que fué entregado" y veneramos luego con tan respetuoso cariño a este Señor Jesús Sacramentado, como Cuerpo Entregado y Sangre Derramada; tenemos en forma correspondiente la conciencia clara y consecuente de lo que se jugaba entonces, y sigue ahora ofreciéndose a nuestra apropiación creyente y responsable en esta Cena del Señor.

La Eucaristía nace en las manos del Señor Jesús, la noche de la despedida, como suma y compendio de toda Su vida, en el momento en que esa misma vida, a través de una entrega de amor hasta la muerte, rompe todas las barreras, colma todos los abismos de separación entre Dios y los hombres. Y por lo mismo, destruye en su raíz la causa última de toda división y antagonismo social entre los hombres, hermanos por origen y destino; ese "misterio de pecado" que señalaron nuestros pastores "cuando la persona humana, llamada a dominar el mundo, impregna los mecanismos

de la sociedad de valores materialistas" (Puebla n. 70). Cristo Jesús, nos reconcilió con Dios, en un sólo Cuerpo, por medio de Su Cruz, dando en Sí mismo muerte a la Enemistad (cf. Efes. 2,16).

Cuerpo entregado por nosotros, Sangre de Alianza derramada para la remisión de los pecados de muchos, la Eucaristía es ese mismo Cristo Jesús, perennizado en el devenir conflictivo de nuestra historia, en ejercicio actual de Su Suprema acción reconciliadora. El es nuestra paz, podremos afirmar con Pablo. El que en Su cuerpo transpasado, pero no dividido ni quebrado, derribó el muro que nos separaba, el odio, y nos unió a todos en la unidad de un solo Cuerpo y de un solo Pan (cf. I Corintios 10, 17).

Un Cuerpo, un Pan, una Copa de unidad en el amor servicial, que sigue clavado en el corazón de nuestra historia de odios, de antagonismos e indiferencias letales, de mutuos celos y destrucciones, como el principio oculto (pero no por ello menos activo) de una nueva unidad, de una reconciliación universal. Jesús-eucaristía permanece entre nosotros como Dios entregado para ser compartido, el Único como comunión y participación vinculante de los muchos. Más todavía. La Cena del Señor, en cuanto símbolo portador del mismo Cristo, mediación en el proceso de nuestra conformación con El como discípulos, y de nuestra constitución en El como cuerpo eclesial; no es un símbolo genérico de una salvación sin rostro definido, sin implicaciones de vida muy específicas. Cristo-eucaristía lo es en cuanto alimento,

alimento solidariamente compartido en comunidad de mesa, alimento personal que se realiza por la entrega de Sí mismo, a nosotros en servicio total. En una palabra, Cristo es eucaristía como amor servidor.

Sólo que este Jesús-eucaristía no es tampoco un simple mecanismo de salvación. Y por consiguiente de reconciliación. En realidad es una oferta posibilitante. Es una tarea ofrecida que, debiendo ser asumida por cada uno de nosotros, no sólo ilumina un camino y plantea unas exigencias, sino que también otorga por sí misma la capacitación indispensable para realizarlas. Jesús-eucaristía es en Sí mismo nuestra reconciliación. Pero lo es también en nosotros solamente en la medida en que nosotros mismos, abiertos a Su Gracia, asumimos nuestra ineludible condición de reconciliados, y la traducimos en una actitud y en una acción coherente de reconciliadores.

Más aún. El mismo Señor Jesús que en cada Eucaristía, Suya y nuestra, nos salva y reconcilia, también nos juzga y nos condena en una Misa en que nos reunimos sin unirnos, en que partimos el Pan sin compartirlo, en que aceptamos de buena gana ser servidos por El sin hacernos nosotros mismos servidores de los demás, en que celebramos la paz del Reino de Dios que viene a nosotros por la Cruz de Su Hijo, sin comprometernos vital y operativamente con ella. Como hace dos mil años en Corinto, también hoy el que come este pan y bebe este cáliz sin discernir el Cuerpo de Cristo, come y bebe su propio castigo (cf. I Corintios 11,

29). Qué Cuerpo, sino el de los muchos que ya somos en El tan solo uno? Qué cáliz, sino el de los que en forma consecuente perseveramos hoy con El en Sus pruebas (cf. Lucas 22,28)? Es decir, en este proceso históricamente indefinido de la construcción dolorosa de un mundo solidario y reconciliado, por esa cruz inagotable del perdón mutuo, del servicio generoso, de la unión de los corazones, de la efectiva convivencia en la justicia, de la solicitud incansable por el hermano necesitado.

Válidamente nuestra Eucaristía es alabanza, acción de gracias, alegría de beneficiados con el amor de Dios en Cristo, que nos perdona y vivifica. (Cf. Efesios 1,3-14). Válidamente es adoración de Aquel en cuyo rostro hermano sigue resplandeciendo para nosotros el rostro (de otro modo invisible e inalcanzable) de Dios Padre (cf. Juan 14,8-10 y 1.18). Válidamente nuestra Eucaristía es súplica en la proximidad inmediata de Aquel que nos sigue diciendo "todavía no habéis pedido nada!", de Aquel que permanece ante el Padre para interceder por nosotros (Cf. Hebreos 7,25). Pero todo ello, no como un mero golpe de suerte que nos enriquece sin comprometernos; como un don paternalista que, lejos de promover nuestra adultez humana y creyente, nos hundiera en el infantilismo de una presunta salvación sin transformaciones personales y comunitarias, de un perdón sin cambio de vida, de una unión tan sólo de fachada, que ignora o trata de soslayar sin triturarlas las murallas de distanciamiento mutuo que sigue levantando nuestro pecado.

Trágica es esta condición del hombre, vocacionalmente estructurado para la unidad integral, y sin embargo fácticamente desgarrado por todos los antagonismos que crea y mantiene la libre decisión de su pecado. Pero no es más monstruosa aún, si cabe, la inautenticidad de quien comparte con el Hijo Universal la única Mesa, y simultáneamente desconoce al Padre común en su vida, en sus actitudes, en sus intereses y en sus obras? Y qué otra cosa hacemos cada vez que erigimos en otros tantos ídolos aquellos bienes de la tierra que, aun destinados por El al bienestar de todos, los convertimos en amos absolutos de la vida social, por vías de codicia y rapiña (Puebla n. 493; cf. I Corintios 10, 21-22)? O la incoherencia existencial del que se sienta a la Mesa-altar donde se entrega a todos, en reconciliación, el Hermano Universal, y luego en la vida se rehusa a ser él mismo entrega personal y reconciliación operante entre los hombres? "Pero la mano del que me entrega está aquí conmigo sobre la mesa" (Luc. 22,21). Acaso Judas ha desaparecido de entre nosotros, los que celebramos hoy la misma eucaristía de aquella noche de despedidas y promesas? Fué acaso este desdichado una triste eventualidad singular de aquel momento de la historia? O sigue más bien siendo la trágica posibilidad bien concreta de cada uno de nosotros, los que habiendo conocido a Cristo, y públicamente beneficiados de Su Cruz Reconciliadora, podemos renegar hoy de El en la vida ante el tribunal de quienes lo niegan como el único que pudiera realizar en radicalidad nuestra liberación? Liberación inte-

gral como reconciliación de nuestra libertad, en armonía con Dios (Dios de todos los hombres); liberación no ya para el interés egoísta sino como nuestro derecho fundamental de servir en solicitud operante a los demás (Cf. I Cor. 9,19-23; Gal. s, 13-15).

Hemos evocado hasta aquí brevemente la exigencia de reconciliación fraterna que nos impone la eucaristía en la medida en que ella misma nos capacita para ejercerla y colaborar en su implementación real en nuestra sociedad actual colombiana. Sin reduccionismos ideológicos o práticos que prometiendo lo que no pueden dar destruyen en la realidad lo que pretenden construir; podemos y debemos afirmar al término de esta reflexión sobre el sentido de este admirable sacramento: la eucaristía es, con toda verdad, celebración de nuestra reconciliación en Cristo, para un servicio de reconciliación en nuestro mundo actual. Más aún, es Cristo Reconciliador presente y actuante en una Iglesia reconciliada y comprometida con la reconciliación. Tal el beneficio, la bendición de cada eucaristía. Tal el compromiso, la misión asumida en cada celebración de la Misa.

### III. NUESTRA SITUACION SOCIAL DE NO-RECONCILIACION INTEGRAL, EXIGENCIA CONCRETA PLANTEADA A NUESTRA EUCARISTIA

Lo universal no existe sino en lo concreto. La vida, indefinida en la multiplicidad de sus posibilida-

des, solo florece en la singularidad de cada viviente, y éste en el ámbito no menos concreto de su hábitat proporcionado. La eucaristía perenne y universal sólo es realidad en la singularidad única de cada eucaristía. Eucaristía del único Cristo, el hombre universal, no ya por pérdida de Su individualidad singular, sino por la liberación, trabajada en Su Cruz, de todas las limitaciones espacio-temporales de la carne; en la nueva realidad de Su condición espiritual de Resucitado-Exaltado. El que todo lo abarca, el que vive para todos y cada uno de los hombres, viviendo, en y para el único Dios. Y eucaristía de la única Iglesia de Cristo, que sólo existe en la individualidad irrepetible de cada comunidad eclesial. Por eso cada eucaristía anuncia y realiza en este pan y este vino, en esta mesa-altar y esta asamblea de hombres concretos la única Reconciliación de todos en Cristo. Reconciliación universal, no ya por abstracción, sino por radicalización de densidad histórica y cósmica (cf. Col. 1,15-20).

Hablar por lo tanto de una eucaristía, gracia y tarea de reconciliación, es hablar de algo muy concreto y determinado que se realiza o fracasa en la concreticidad de nuestra existencia comunitaria, en el aquí y el ahora de nuestro presente histórico. Si la eucaristía proclama entre nosotros que la reconciliación auténtica sólo nos es viable en el poder del Único que nos reconcilia; si la eucaristía es, no ya privilegio esotérico de cristianos, sino publicidad histórica del único Espíritu reconciliador que trabaja en todo hombre agente de reconciliación, en la medida de la honestidad y el

amor auténtico de su empeño; la eucaristía-reconciliación tiene hoy para nosotros un rostro singular y concreto que podemos y debemos leer en la concreticidad de nuestra coyuntura histórica nacional. En negativo primero, como urgencia de conversión, como esperanza y tarea, en el rostro desfigurado y maltrecho de esta Colombia nuestra de hoy, trabajada interiormente por el Espíritu reconciliador, y sin embargo tan mediocremente reconciliada, tan amenazada de la aniquilación de la convivencia. Pero también en positivo, como acción de gracias y satisfacción jubilosa, pues cada parcela de patria auténticamente reconciliada, cada dimensión de nuestra vida personal y comunitaria, vital y operativamente reconciliada es eucaristía lograda; es un fragmento de esa única realidad hacia la cual y por la cual la Cruz de Cristo sigue manando Sangre de Alianza en cada celebración nuestra del Sacramento.

Excede totalmente, no sólo la limitación espacial de esta breve reflexión creyente, sino también la capacidad personal de su autor, el reseñar la multiplicidad de áreas que configurarían la realidad integral de una Colombia reconciliada; y por lo mismo la intencionalidad múltiple (para una unidad total) de nuestra eucaristía-reconciliación. Sólo podemos, y debemos afirmar, que nada de nuestra realidad social concreta podría marginarse sin condenación a esta gracia y a este juicio de nuestra eucaristía-reconciliadora.

La vida familiar, en primer término, como núcleo básico reconciliador. Allí donde cada uno bebe por primera vez y se nutre del amor

que se entrega; allí donde por vez primera puede experimentar el hombre los desgarramientos y la distorsión de su ser-social vivido en monstruosa conflictividad o en el aislamiento doblemente doloroso de la soledad compartida.

Y no menos la vida social en toda su complejidad, en la multiplicidad de todos sus organismos, sus niveles, sus áreas, sus actividades y sus estructuras. Tan íntimamente vinculadas y condicionadas entre sí, que no cabe hablar de auténtica reconciliación social, así sea solamente incoada sino en la medida en que todas ellas, sin excepción, acusen rasgos sólidos y positivos de una realidad social reconciliada. Economía y política, educación y trabajo, justicia y poder. Son tan sólo algunos acápites de este listado casi indefinido de las dimensiones de nuestra vocación, de nuestra tarea de reconciliados, que creemos en Cristo y celebramos Su eucaristía.

La comunidad eclesial en fin, sacramento público de reconciliación universal. En la articulación vital y armónica de sus ministerios y funciones, de sus carismas y vocaciones, de su legítima diversidad de opiniones y opciones, de su operatividad múltiple. No ya como fuerzas mutuamente recelosas y competitivas, como tendencias divergentes y disgregadoras; sino en la unidad de una sola fe, una sola esperanza, un solo amor que el Espíritu infunde en cada corazón para la construcción infatigable del único Cuerpo con que todos hemos sido beneficiados, por la gracia de Aquél que es nuestra única Cabeza,

Cristo. En la unidad, en fin, de una sola eucaristía-sacrificio, en la que Cristo Sacerdote, por el ministerio de los presbíteros, integra al Suyo, único suficiente y reconciliador, el sacrificio de Su pueblo sacerdotal (Cf. *Lumen gentium* n. 10).

En el vasto conjunto de nuestra realidad social, señalaron en Puebla nuestros Pastores dos campos prioritarios de este empeño eclesial de reconciliación integral:

a) En primer término, esos pobres cuyos rostros dolientes (Puebla n. 31-39) forman hoy el transfondo sobre el que se levanta en cada eucaristía el pan de Cristo. Como una esperanza cierta para ellos, y una tarea ineludible para todos nosotros. Para quienes creemos en Cristo, esta distancia económico-social entre hijos de una misma Colombia no puede contabilizarse fríamente en un rubro de "pérdidas y ganancias" del lento y complejo proceso de nuestro desarrollo. "Vemos, a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. (. . .) En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar" (Puebla n. 28). Vale decir que nuestra reconciliación social no se agota en amnistías jurídicas, ni en planes de redistribución de ingresos por valiosos y necesarios que sean. Más radicalmente aún, es un acto de conversión comunitaria para un esfuerzo conjunto de liberación integral de estos hermanos nuestros (Puebla 1134).

b) Y así mismo los jóvenes (Puebla 1166-1205), que constituyen no sólo el futuro inmediato de la patria y de la comunidad eclesial colombianas, sino también buena parte de nuestro presente. Reconciliarnos nosotros, los adultos, con ellos no significa superar la llamada "brecha generacional" por una simple actitud comprensiva a sus modalidades culturales diversas, sino también, más en profundidad, es dejarnos cuestionar por ellos acerca de los valores y actitudes sociales sobre los que hemos estructurado hasta ahora nuestra convivencia familiar, educacional, económica, política y eclesial. Pero reconciliación también de nuestros jóvenes con lo más limpio y auténtico de nuestra Tradición cristiana y nacional, lo cual implica de su parte un corazón abierto para cuestionar también sus propios rechazos, sus adhesiones y aspiraciones; para no sucumbir a los espejismos de falsas promesas, o a la impaciencia satánica que arrasaría primero, por si luego se podrá construir; para no identificar la validez de lo humano y de lo evangélico, con las realizaciones modestas, inadecuadas y aun distorsionadas que puedan tener a la vista.

#### IV. PARAMETROS EUCARÍSTICOS DE NUESTRA RECONCILIACIÓN SOCIAL

Esta simple ojeada al campo de nuestra reconciliación integral cuando menos deja en evidencia su amplitud y su complejidad. Sin embargo, visto desde la eucaristía, el empeño cristiano reconciliación social

asume una unidad de sentido y unas características que vale la pena señalar. La reconciliación social integral, que deseamos, dice en primer lugar como término, la **unidad** dinámica de muchos (personas, grupos, estructuras) que reconocen e implementan su comunión de origen, de destino, y por consiguiente de participación en el conjunto de los bienes materiales, culturales y espirituales que pueden garantizar a cada uno su auténtica realización humana y cristiana. Pero unidad dinámica de comunión **desde** la constatación de su **ausencia**, total o parcial, en nuestra realidad presente. **Comunión** por lo tanto que implica una **conversión**, personal y comunitaria. No sólo en relación con esta o aquella parcela de nuestro obrar social, sino de alguna manera, con respecto a su totalidad; como sistema de valores, de actitudes y comportamientos, de acciones y realizaciones, de expresiones culturales y de estructuras sociales.

Ahora bien, esta unidad dinámica tampoco puede concebirse como una condición ya dada de una vez por todas, o que en alguna forma pudiera lograrse como un hecho cumplido a corto o largo plazo. Se nos impone más bien como un proceso nunca acabado, siempre urgente; ni obvio en sus implicaciones particulares, ni fácil de alcanzar en cada área de la vida personal y social, cuánto menos en ambas como totalidad. Y por lo mismo como una **tensión** de suyo inestable, como un avance y un logro siempre abierto a la revisión y a la superación.

Un proceso pues, que si ha de ser humano y humanizador (y sólo así evangélico) ha de afectar al hombre como libertad responsable, al hombre como sujeto realizador de sí mismo, al hombre en su opción profunda. Con ello, claro está, no minusvaloramos los condicionamientos negativos provenientes de las estructuras deshumanizadas como tampoco la urgencia de construir las adecuadas. Pero todas ellas como símbolo y realización del hombre, funcionales de él. Y por lo tanto nunca como su esclavitud "dorada", ni como sustituto de su libertad responsable.

A su vez la eucaristía, desde tal empeño de reconciliación social integral, evidencia su intrínseca destinación reconciliadora, y la contribución eficaz que está llamada a prestar (desde el ámbito cristiano) a esta Colombia urgida de paz en la fraternidad y la justicia. Porque, en primer lugar, la eucaristía se sitúa radicalmente en el corazón de cada hombre. Es una oferta, una interpelación, a su libertad. Es un sentido totalizante puesto al alcance efectivo de su opción profunda, es gracia que ilumina y capacita.

Pero lo es, precisamente como "pan del camino", como respuesta a la calidad inevitablemente procesual e histórica de nuestra libertad. Y por lo mismo como "pan cotidiano", no ya simple impulso inicial que presupondría la ausencia posterior de desviaciones, de dificultades imprevistas, de posibilidades nuevas, o en fin del simple desgaste y la pérdida de brío. Sino como sustento y correctivo, como vigor siempre fresco y apertura audaz.

Finalmente, la eucaristía se sitúa en el corazón del hombre, en su libertad responsable, como miembro de una comunidad. Ella es el sacramento, no sólo de nuestro vivir en Cristo, sino sobre todo y por lo mismo, de nuestro ser-Iglesia. Sacramento de reconciliación, por serlo de comunión y participación. Celebración y realización de la fe, de la gracia, de la esperanza en Cristo, como realidades esencialmente comunitarias.

Hasta aquí, la intencionalidad profunda del don eucarístico de Cristo. Pero también allí el Señor anuncia y quiere realizar valores sociales de importancia fundamental para una Colombia auténtica y eficazmente reconciliada. Nos limitamos a enunciar algunos:

a) Solidaridad y reconocimiento mutuo, que no se agota en la comunicación de bienes materiales pero que se arraiga en ella. Pan compartido, copa participada, mesa de hermanos fundamentalmente iguales en dignidad y por lo tanto en vocación y en derecho a los medios suficientes para realizarla. Funcionalmente diversos pero orgánicamente complementarios. Y por lo mismo acreedores a las implicaciones concretas de esa dignidad y de esa vocación reconocidas: pan y mesa en toda su amplitud humana.

b) Y por lo mismo, personalismo radical e integral en las relaciones sociales y en las estructuras que las median. No ya simple solidaridad por la mecánica ciega de los instintos o de las estructuras, sino solidaridad como relación personal y personalizante, entre personas. Si Dios

mismo en Cristo no se nos impone en la eucaristía como nuestro bien supremo y nuestra óptima realización, antes bien se nos propone y ofrece, "tomad y comed", "el que viene a mi" etc.; cuánto más nuestra promoción del hombre deberá construirse sobre pautas de personalización.

c) Con lo cual se evidencia la centralidad del servicio como actitud permanente, típicamente eucarística, en cuanto el sacramento significa y actualiza el sentido de la existencia cristiana. El personalismo eucarístico no es mero igualitarismo. Es más bien la inversión total de la conocida relación hegeliana del amo-esclavo. "Yo estoy entre vosotros como el que sirve", dice el Señor en la Cena (Luc. 22,27). Y no es otro el sentido del lavatorio de los pies en Juan. Entregarse uno mismo a la salvación-reconciliación que Jesús nos trae, a costa de Sí mismo, es entrar en su actitud profunda de entrega sacrificial: "Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies, unos a otros" (Juan 13,14). Nuestra mesa eucarística es un altar. Nuestro sacrificio de reconocimiento del Señorío de Dios, en adoración, se despliega y autentica en el reconocimiento de la necesidad del hermano, en un servicio eficaz.

d) Desde ahí se comprende la exclusión tajante de todo espíritu de violencia. El camino de Jesús, su reconciliación, no se compadece ni con el fuego del cielo para los renuentes (cf. Luc. 9,52-56), ni con la espada para los opositores (cf. Luc. 22,49-51). En la eucaristía de

Jesús, símbolo de Su propia vida y destino, ofrecidos en participación al discípulo, la única sangre derramada es la del Señor Paciente. Se malinterpretaría esta actitud del Señor tomándola por un pacifismo a ultranza. Energía y lucha no se identifican sin más con la violencia. La espada podrá ser una triste necesidad de defensa en un mundo deshumanizado, nunca un camino evangélico de reconciliación. La eucaristía no glorifica las armas, compromete a quien las lleve por necesidad social a no poner en ellas el sentido de su vida y de su acción.

c) Y es que, en último término, la reconciliación auténticamente humana, como se nos revela en el gesto eucarístico del Señor Jesús; no es una mera cesación de los antagonismos, ni un imposibilitar los conflictos por el ordenamiento de las fuerzas estructurales. Sencillamente es amor. Y por cierto, amor humilde y servicial. El amor no despoja ni mata, el amor comparte y se entrega (cf. I Juan 3,14-18). No es pues accidental, ni periférico a la intención profunda de Puebla, el que nuestros obispos, al proyectar la evangelización de nuestra sociedad latinoamericana sobre el eje eucarístico de la comunión y la participación; hayan concretado también su utopía social en términos de una "civilización del amor" (cf. Puebla n. 1188; ítem, Mensaje a los pueblos de América Latina, nn. 8-9).

**V. COMO CELEBRAR HOY EN COLOMBIA UNA EUCARISTIA DE RECONCILIACION?**

Escapa a las limitaciones de esta reflexión entrar de lleno en el tema vasto y complejo de las implicaciones pastorales y litúrgicas de todo lo anterior. Sin embargo bien podemos concretar algunos principios que, ante todo, salvaguardan el espíritu de nuestra celebración de la Misa, y de un Culto del Sacramento, en auténtico empeño de reconciliación.

1) Ante todo, descartando de plano una ilusión, que a la postre se revela también, más profundamente, como una perversión. La eucaristía no podrá ser nunca manipulada como un mecanismo social de reconciliación. En primer término porque su misma identidad, tan interpersonal como lo destacamos antes, repugna abiertamente con una mecanización de las relaciones personales. Cuánto más con la manipulación del hombre, así fuere por caminos de simple presión social o de seducción. Pero más radicalmente aún, porque la eucaristía sólo revela su sentido auténtico, sólo ejerce en plenitud su eficacia reconciliadora en aquellos que, en la fe, son ya capaces de "discernir el Cuerpo del Señor" (I Cor. 11, 28). Como afirmaba hace poco un creyente africano preocupado por esta dimensión social de la eucaristía: "La Cena del Señor es asunto reservado a los discípulos que han seguido a Cristo hasta los umbrales de Su pasión, y a los cristianos que son capaces de reconocerlo y confesarlo en este partir el pan" (Albert Tevoedjre: La dimensión sociale de l'eucharistie, dans la recherche d'un nouvel équilibre du monde. - Comunicación en el Symposium eucarístico de Toulouse, Junio 15 de 1981 Pro manuscrito, p. 1). Pretender pues una eucaristía

reconciliadora de quienes no han sido convenientemente evangelizados sobre el sentido y la gracia exigente del sacramento es situarse al margen de su eficacia personalista, en un ámbito de fe.

2) La eucaristía es esencialmente **gracia**. Gracia de Cristo ofrecida a los Suyos, gracia apropiada por cada uno en el núcleo de su libertad personal. Allí ejerce su eficacia reconciliadora. Desde allí exige desplegarse en una vida y unas obras de reconciliación. Contra toda tentación de titanismo y rapiña en un proceso como éste de la reconciliación que pone en juego la totalidad y radicalidad de nuestro ser hombres. Pero también contra la comodona somnolencia de las vírgenes necias (Mt. 25,1-13) que sólo aspiran a proveer sus lámparas, para hundirse luego en la espera pasiva de un Banquete de Bodas al que nunca podrán ser admitidas. "No os ponzo!" dirá el Señor. Así hayamos comido y bebido con El en Su Mesa (cf. Luc. 13,26).

3) Pero esta gracia eucarística (otorgada por Cristo y apropiada por nosotros), de tal manera se significa en la misma celebración del Sacramento, que ésta puede y debe alimentar, purificar y confirmar un dinamismo de auténtica reconciliación cristiana entre los colombianos.

a) Ante todo como conocimiento de sus exigencias concretas a la luz de Cristo. Como Palabra de iluminación e incluso de denuncia. No ya para la crítica acerva y estéril del otro, sino como llamada instante a la conversión de todos.

b) Y por lo mismo también como reconocimiento gozoso de los logros de reconciliación social que se van constatando, vengan de donde vinieren. Admirando en ellos, y agradeciendo los “frutos del trabajo del hombre. . . que recibimos de Tu generosidad” (Cf. Oración de presentación de las ofrendas. Ritual Romano).

c) Como súplica confiada a Aquél que “obra en vosotros el querer y el obrar” (Filip. 2, 13). Con esperanza de comprometidos, que piden a Su Señor aquello mismo que asumen operativamente como tarea encomendada a su propio esfuerzo y a su industria.

d) Como memoria, fidelidad activa al sentido de vida y al estilo de acción de nuestro único Maestro y Señor. Fidelidad a Aquél que en nuestro mismo recordar se hace presente, y nos capacita para una existencia y una acción en beneficio de los demás. Y por lo mismo:

— como sacrificio. Entrega personal de cada uno de nosotros, en Cristo, al único Dios reconocido y adorado como Padre común. A quien, por consiguiente, servimos en la solicitud cotidiana por los hermanos, empezando por aquellos cuya mayor necesidad nos hace más próximos. Asumida por Cristo-eucaristía en Su propia entrega sacrificial al Padre, por nosotros; esta entrega nuestra eucarística abre en nuestra vida social un espacio intrahistórico a la acción reconciliadora de Dios, la acepta como fundamento operante de nuestra unión comunitaria.

— Y entonces, sí, como **banquete**. Alimento que nos asimila al Hombre Universal. Mesa común en la que nuestro propio bien personal se nos revela como esencialmente participado por los demás, como posibilidad real y urgencia de un compartir universal. No todavía aquel Banquete de Gloria que Cristo ha dispuesto para nosotros en la Casa del Padre (Cf. Luc. 22,29-30); sino pan presuroso del camino (Cf. Marcos 6,30-44). Eucaristía nunca acabada, reiniciada cada día como sustento y refrigerio de discípulos que cargan hoy sobre sus hombros la cruz reconciliadora de Cristo en nuestra historia (cf. Marcos 8,34); que están dispuestos como El, y con Su gracia, a dar también su “carne para vida del mundo” (Juan 6,61).

\* \* \* \* \*

Como otrora los discípulos de Emaús, los cristianos de Colombia vivimos abocados hoy a la tentación de la desesperanza. “Nosotros creíamos. . .” que la fe heredada de nuestros padres continuaría dando frutos de paz social entre nosotros, que la múltiple presencia eclesial en tantos campos de nuestra actividad ciudadana sería garantía suficiente de reconciliación, que la voz de nuestros Pastores bastaría a convencer y remover la conciencia nacional, que el empeño en fin, y la acción de tantos hombres de buena voluntad realizarían este anhelo común de concordia y convivencia fraterna de todos los colombianos.

Pero atardece. En nuestras ilusiones y en nuestro empeño. Entonces,

---

ante un Jesús Reconciliador que parece pasar de largo frente a la puerta de nuestra patria-hogar, qué nos queda sino apremiar una vez más Su amor compasivo: Quédate con nosotros Señor! Porque creemos y sabemos que sólo Tú tienes

palabras eficaces de reconciliación (Cf. Juan 6,68-69). Entonces se abrirán de nuevo nuestros ojos, y lo reconoceremos una vez más al "compartir el pan". Pan de eucaristía amasado con trigo de operativa reconciliación social.